

La chaqueta del piel roja

Jairo Andrade López*

Levaba tanto tiempo sin escribir una sola línea que ya me había resignado. Suponía que yo mismo estaba en otro lugar, fuera de mí de una manera estúpida porque de todas formas tenía que convivir conmigo en mis adentros, víctima de una especie de autoparasitismo en el que apenas era capaz de presentir a mi propio huésped, indeseado pero inevitable, siempre esquivo y a la sombra. Huelga decir, que apenas podía soportarme. Conjeturaba mi cerebro como una lata abierta y vaciada de mala gana que ahora sólo ofrecía bordes cortantes y manchas de óxido. Restos de la etiqueta enmohecida escondían pedazos de letras ilegibles, los fragmentos descoloridos de una imagen —algo que podía pertenecer a un cabo de zanahoria o a un dedo—, suciedad, absurdo y un cansancio infinito. Para compensar la pérdida irreparable de mí mismo en ese espejo interior, me había dedicado a la bebida y al juego de dominó en compañía de ancianos jubilados y prostitutas. Ninguna otra cosa me interesaba en lo más mínimo, ni siquiera el sexo. Los días y las noches se montaban unos sobre otros en un displicente coito de perros callejeros o zombis, de cuadrúpedos resacos, perros zombis numerados, cuando recibí la llamada del nuevo gran escritor, recién desempacado de Barcelona. Le colgué sin decir una palabra, el impertinente insistió. Esta vez simplemente pulsé el botón de apagado dejé que el aparato cayera al piso y luego, lo empujé fuera de mi alcance con el zapato.

Tres o cuatro días después, tocaron el timbre. Pensé que se trataba de otra mujerzuela desocupada que venía a unirse a la mesa —poco a poco el dominó en mi sótano se convertía en una tradición de putas impedidas por la regla o en su día libre y ancianos jubilados al borde de la indignación— pero al abrir la puerta me encontré con la cara lozana sonriente de la alta literatura encarnada en mi amigo del colegio, un gran escritor que era la imagen misma del triunfo, un monumento ambulante a la prolífica creatividad y el prestigio literario. Largo de aquí, alcorcho, pensé que podía decirle y, tal vez lo hice, de eso no podría estar seguro, tal vez no le dije nada, lo único cierto es que esa fue mi intención y también que le cerré la puerta en la cara de un solo golpe. Bajé las escaleras y retomé mi lugar en la mesa, perdí la mano, algo así como quinientos o mil pesos y, entonces, volvió a sonar el timbre. Me quité la camisa, dispuesto a poner a rodar al escritor cuesta abajo ensangrentado por la calle, mi panza con su cicatriz de la operación en el centro sobresalió como un enorme bolso de cacería, un depósito de explosivos y salvajes cuernos aullantes o un pequeño japonés en gestación dispuesto a separar al hombre de sus tobillos con un solo golpe de sable.

Abrí la puerta con furia, no vi a nadie. Estaba seguro; sin embargo, de que el visitante se escondía en alguna parte, seguro también me vigilaba desde su escondite. La pronunciada pendiente de la calle me mostraba su otra panza de asfalto y andenes en altibajos, más allá dos postes de energía y un grupo de niñas saltando la cuerda al frente. Salí un poco para ver mejor. La noche decembrina era un montaje sonoro de música, pólvora

* Egresado del TEUC. Gestor cultural. Coordinador de talleres de creación literaria. Finalista en concursos nacionales de novela y cuento. Participa con un ensayo literario en la obra *Conversaciones con Bogotá*. El texto publicado fue finalista en el Concurso del TEUC 2010

Pensé que se trataba de otra mujercuela desocupada que venía a unirse a la mesa [...] pero al abrir la puerta me encontré con la cara lozana sonriente de la alta literatura encarnada en mi amigo del colegio

y risas de mil tesisuras y volúmenes. Una carpa sonora bajo la que el espectáculo estaba apenas comenzando. Escaleras abajo mi equipo retumbaba impotente con lo más viejo de Madonna. Giré para volver adentro y entonces sentí un movimiento a mi espalda, junto a los postes. Era él, el escritor laureado. Me había atenazado por el cuello con la derecha, mientras que con la izquierda había tomado mi mano y la había empujado hacia arriba contra el omoplato, doblando dolorosamente justo el brazo que de vez en cuando se sale de su articulación cuando estoy muy borracho. Todavía no lo estaba del todo, se trata solo de un toque dramático. Si te ponés a joder vas a terminar jodido de verdad, maldito gordo, me dijo, y empezó a empujarme hacia las escaleras. Con un pie cerró de un portazo. Mientras bajábamos fue aflojando la presión sobre

el brazo y el cuello. Cuando Rosalba, una de las putas más veteranas del combo, salió a preguntar si al fin iba a jugar o no, no tuve más remedio que presentarle al intelectual y, luego, entrarlo a la pieza en la que estaban todos los demás, produciendo humo mientras esperaban que jugara mi turno, pero el elevado nivel de mis invitados me exigía presentarlo. Esta vez no solo di su nombre sino que añadí sus recientes méritos literarios en un tono zalamero y burlón, haciéndoles guiños para avergonzarlo frente a ellos. Las putas y los jubilados se rieron con ganas, ¡yo también soy una celebridad!, mijo, me coronaron reina de la tranca en el carnaval de la Diez en diciembre del año pasado, le dijo, la bella Margó. El cabrón le salió con alguna grandilocuencia disfrazada de mentira barata, mi última novela acaba de ser llevada al cine ... pero al cine porno, ¿no?, le respondió o algo por el estilo, don Gerardo meneó la cabeza con compasiva desaprobación.

Terminamos la partida y de nuevo perdí. El maldito literato estaba echando mi suerte a la basura. Se lo dije, le pedí que se largara, ya había perdido tres manos seguidas, casi dos mil pesos. Por toda respuesta salió de la pieza y me hizo un gesto para que me acercara. Tenía unas hojas enrolladas en la mano. ¿Te acordás de esto?, me dijo, pasándome las páginas mostrencas. Eran fotocopia de uno de los capítulos de mi primera novela escrita cuando estábamos en el colegio. La época en que yo le había dicho que tenía que empezar por Borges si quería conocer de verdad a Kafka y, no al revés, como lo aconsejaban las cronologías o los profesores, porque la literatura es la principal enemiga del tiempo, instala su propia temporalidad y su lógica, el mismo Kafka había dicho que cuando se escribe de verdad, lo escrito sucede después en la realidad. Por esos días te inventaste un círculo literario, un café invisible, el Café Piel Roja, ¿te acordás?, me respondió. En ese momento comprobé que otra vez yo estaba diciendo lo que pensaba inconscientemente, en automático, a menos que el letrado hubiera desarrollado, además, habilidades telepáticas. Él continuó, encendiendo un cigarrillo extranjero: la mayoría de los imbéciles a los que les hablamos del café pensaron que estábamos haciéndole propaganda a los cigarrillos Piel Roja, o alguna cabronada por el estilo, el mundo literario caleño no era más que un frasco de formol alrededor del cadáver de Andrés Caicedo. Y, lo sigue siendo, le respondí con toda franqueza. En ese momento salió de la pieza la bella Margó, preguntando si íbamos a jugar o nos íbamos a quedar hablando de muertos toda la noche. El venido a más me dijo al oído que nos fuéramos a tomar algo

por ahí, por los viejos tiempos, yo invito, whisky, concluyó. Pero nos llevamos al combo, le dije. Cómo vamos a dejarlos, concedió y, antes de alejarse hacia el baño dejó flotando frente a mí una sonrisa de triunfo enredada en el humo.

Mientras las señoritas y los ancianos solucionaban una diferencia de setecientos pesos que había dejado la última mano, nosotros nos metimos un pase en el baño, y recordamos la lectura de mi novela, en la primera reunión del café. Era una novelita de 57 páginas, la historia de una adolescente que, al perder una apuesta, tiene que fingir estar poseída por el diablo durante una semana. Segura de no poder mantener la farsa después de la primera noche, la nena se escapa a la finca de unos amigos, donde conoce a un joven escritor. Ella le cuenta su historia y le sugiere que la escriba. Él lo promete y aprovecha para seducirla. En un sofá, borrachos, el escritor insinúa tener tratos con el diablo, ella se burla, lo silencia con más sexo. Al día siguiente la nena deja la finca y, en ella, al escritor dormido, convencida de que esa novela jamás será escrita. Rosana nos echó del baño, nos dijo que ya estaban listos para salir, pero cuando entramos a la pieza habían repartido una nueva mano. La beldad volvió del baño, nos echamos esta manita y salimos, papi, le dijo, mientras se sentaba acomodándose los calzones. De qué tanto hablaban en el baño, mi amor. Yo les condensé la historia de mi novela, pero le achaqué la autoría al sabiendo. Las señoritas y los ancianos deploraron la historia, por simple superstición prefirieron mantener su propia conversación, ese silencio necio erizado por unas pocas preguntas y respuestas vacías, indispensables. Su intransigencia nos obligó a mantener la charla entre dos, al margen del juego, porque tampoco nos repartieron fichas en la siguiente mano. Mejor decidimos ir por algo de tomar antes de que cerraran las tiendas y, luego, ver si podíamos ir a otro lado. El campeón literario tenía plata, hicimos una compra poderosa.

A nuestro regreso, el combo ya estaba borracho, había llegado también Durley, una mulata de miedo que era mejor tener siempre de tu lado. A Durley le interesó el premio-
do escribano, tenía un olfato inequívoco para la plata, pero la lumbrera prefirió mantener



“Poco a poco el dominó en mi sótano se convertía en una tradición de putas impedidas por la regla o en su día libre y ancianos jubilados al borde de la indigencia”. Imagen tomada de <http://www.sxc.hu>

una cortés distancia. Se refugió a mi lado al primer descuido de la mulata y, entonces, retomamos el tema, la manera como habíamos mantenido el secreto de su origen, que a fin de cuentas conocíamos solo él y yo, fundadores y clausuradores del Café Piel Roja y, tal vez, sus únicos verdaderos miembros o por lo menos, los únicos que todavía recordaban su opaca existencia. Bajo la influencia del whisky, el escritor me confesó que yo había sido su maestro, que yo aún era su maestro y con ojos trémulos sacó de entre las páginas maltrechas del capítulo de mi novela, media hoja de cuaderno. Se trataba de la copia a mano de un pasaje de Kafka, de mi puño y letra, el mismo papel que una mañana llevé al colegio y le mostré a la hora de descanso como el mayor descubrimiento que había hecho, el fragmento fundador de nuestra adicción a la literatura, de nuestra dependencia horrorosa a las esclavas mordaces, un poema en prosa titulado El deseo de ser un piel roja:

Ah, si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas porque no hacen falta las riendas, sin apenas ver ante sí que el campo es una pradera rasa, que habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo...

El escritor se quedó en silencio, como un gato viejo que considera con cuidado cuántas vidas ha usado, cuántas le quedan y en medio del recuento presente que de todas formas le van a quedar faltando varias, que será imposible vivir lo necesario en tan poco tiempo, con tan poca luz frente a una biblioteca tan vasta. Solo frente a mí, el joven novelista pareció envejecer varias décadas en unos pocos segundos, con esas hojas lastimosas entre las manos, porque se estaba enfrentando al tiempo con el tiempo y no con su literatura, él, que ya se había vertido en la pseudoinmortalidad del libro, miraba su vacío como todos nosotros, los que al volver atrás siempre nos vemos desollados por el tiempo y en ese viraje incluso lloramos.

Fue una buena época, le dije, le di una palmada en el hombro y me levanté para apurar a mis invitados. De camino me puse la chaqueta de cuero negro que tengo desde el colegio, una especie de ironía final que quería rendirle a mi amigo de repente tan deprimido. Quitate esa chaqueta tan fea, papi, está haciendo un calor de los mil demonios, me dijo Rosalba. La chaqueta no me la quito, esta chaqueta es de un muerto, repuse. ¿Ah, sí? ¿Y es que usted se cree un muerto, o qué? Estuve a punto de contar la macabra historia de cómo la chaqueta había llegado a mis manos, pero preferí abstenerme. No, no soy un muerto, soy un piel roja, le respondí, por fin ebrio. Pero esta chaqueta es de un muerto, reafirmé. La dama me miró haciendo un puchero y se colgó entre los hombros de Margó y de Durley. Bueno, pues si se va a asar, le tocó asarse solo, mijo, concluyó, y emprendieron la aparatosa subida por las escaleras. Yo insté al amo de las letras para que saliéramos. Ya me tengo que ir, me respondió, espero que les alcance con esto y sacó un puñado de billetes del bolsillo que depositó en mi mano.

Antes de subir a su taxi el escritor emergente masculló, no sé bien si para él o para mí: deberías aprovechar y escribir algo sobre todas las cosas que nos pasaron esta noche. Yo sonreí para mí mismo con una de mis sonrisas invisibles porque estaba esperando que dijera algo parecido. Le di un abrazo y lo dejé subir a su caballo lustroso. Lo vi perderse al galope por la pendiente de la calle, en dirección a la Quinta y, entonces, comprendí que a pesar del calor no me iba a quitar esa chaqueta por un tiempo. Porque ya no sería más la de un muerto, había confirmado que esa chaqueta le pertenecía a un piel roja. ■